

CHRISTIAN RAMÍREZ

En medio de las muchas cosas que salieron mal el domingo pasado durante la entrega del Oscar —y vaya que hubo material de sobra—, llamó la atención lo disparate de los homenajes a ciertos clásicos del cine, como si la Academia sintiera la urgencia de hacerse cargo del pasado, pero no supiese en realidad cómo hacerlo con propiedad ni para qué. Así, nos sometieron a segmentos que conmemoraban los 60 años de la franquicia “James Bond” (sin la presencia de ningún actor ligado a esta), los 15 años de “Juno” (¿ame-ritaba, en serio?) y los 28 años de “Pulp Fiction” (¿no sería mejor celebrar sus 30, en 2024?). La guinda de la torta era, sin duda, la mención a los 50 años del estreno de “El padrino”, para lo cual convocaron a su director Francis Coppola, quien salió a escena acompañado por Al Pacino y Robert de Niro. Qué mejor. El problema es que cuando salieron a escena todo el mundo, dentro y fuera del teatro, quienes miraban la tele o chequeaban sus celulares, se preguntaba si el golpe que Will Smith había propinado a Chris Rock minutos antes, sobre el escenario del Kodak Theatre, había si-

A propósito de “El padrino” y el pasado de Hollywood:

## Imágenes muertas



Oscar 2022. Francis Coppola junto a Al Pacino y Robert de Niro en el homenaje por los 50 años de “El padrino”.

do o no real. No he vuelto a chequear las imágenes de Coppola ni me acuerdo de lo que dijo (me imagino que unas cuantas palabras de buena crianza escritas por los guionistas del evento), pero sí tengo claro que a esas alturas del partido cualquier intento por dar relevancia a uno de los filmes más importantes del siglo XX naufragaba en medio de la urgencia por ocuparse de la crisis del momen-

to. Fiasco total.

No es que “El padrino” precise de la validación (o del salvavidas de plomo) del Oscar. Paramount y el realizador han estado bastante entretenidos sacándole partido a la trilogía desde fines de 2020, cuando editaron “The Godfather Coda”, un nuevo corte de la tercera parte que corregía, según Coppola, ciertos excesos e incoherencias en que incurría la cinta origi-

nal. Y la fiesta siguió: a principios de año, el filme de 1972 volvió a las salas en diversas partes del mundo (también en Chile), esta semana salió a la venta la caja de blu ray 4K que remasteriza las películas para la nueva generación de televisores, a fines de abril se planea el debut de “The Offer”, una miniserie que relata la trastienda del historiado rodaje y, quién sabe, tal vez algún día la economía y la co-

dicia llevarán al estudio a cometer la blasfemia final e intentarán una cuarta entrega de la saga (por cierto que sin el octogenario Francis). Nada parece imposible en un mercado que suele utilizar a los clásicos del cine como producto que se vende de generación en generación, sin sacrificar en lo más mínimo su valor de uso.

Sin embargo, a la luz del chascarro sufrido en la ceremonia y sobre todo de una industria cuya obsesión con lo nuevo está rayando en la paranoia, cabe la posibilidad de que esa infalible estrategia quede bajo cuestión. Tal como demostraron los productores de la transmisión, Hollywood no parece particularmente preocupado de su legado, a menos que pueda usarlo para generar clics y *ratings*, o momificarlo al interior del recientemente inaugurado Museo de la Academia, donde el trineo infantil que Orson Welles usó en “Citizen Kane” parece más importante que la propia película.

Puesto en ese contexto, la desquiciada fidelidad de Luca Brassi, el talento culinario del gordo Cle- menza, la parsimonia de Tom Hagen, la camiseta y los suspensores de Sonny Corleone, el pánico en los ojos de Sollozo tras su fracasada toma de poder, e incluso el gato

que cae en las manos de Vito mientras atiende los peticorios de un cuanto hay de ahijados en el día de la boda de su hija; todos esos instantes, silencios, contraluces, texturas, sonidos, frases que van acunando al espectador cuando regresa a esos espacios que se han vuelto familiares de tan visitados, toda esa idea de mundo salvaje y a la vez sometido a un total control por parte de Don Corleone y su familia, todo eso y más corre riesgo de disolverse, volverse “historia” en el peor sentido de la palabra. Material para archivistas, imágenes muertas.

Scorsese ya insinuaba esa posibilidad en los instantes postreros de “El irlandés”, cuando un sorprendido Frank Sheeran le preguntaba a su enfermera si acaso ella conocía a Jimmy Hoffa, el legendario líder sindical, el hombre que había sido su empleador y amigo, el sujeto al que había asesinado con su pistola.

“No. No sé quién es”, contestaba ella con total naturalidad, ante la mirada incrédula de un anciano que de golpe veía condenados al olvido los avatares de su vida, los crímenes cometidos, los asuntos que le ocuparon tantos días y noches. Reducidos al absurdo. Vuelto polvo. Y él con ellos.